

EL PRESIDENTE DR. ROBERTO SACASA CONVOCA A MONCADA

Muy enojado el Señor Ministro de Instrucción Pública, porque el diario hacía referencias del 1893. El Centinela (Periódico de Moncada), decía ciertas cosas, no graves de S. E. el Dr. Roberto Sacasa, Presidente de Nicaragua. Primer Magistrado, nombró a Moncada, Director del Liceo en Estelí. Quería hacerle el servicio de retiro del periodismo, con buena intención por cierto, pues no hay profesión más desagradable ni menos lucrativa en tierra española o criolla.

Pero el Bachiller Moncada se hallaba muy bien con la pluma. No permitía que se le emmoheciera, a pesar de viejísima, vieja y joven a la vez, ejercía ese que muchos llaman apostolado de la prensa, quizás por antonomasia. Dad una pluma a un hombre y con ello le firmáis la sentencia del martirio. El mismo lo reclama, aunque a las veces se alivia con un bocado de pan o una sinecura.

Por llamamiento del Presidente, Moncada le visitó en Managua. Desempolvó su levita, acicalándose de lo mejor que en sus viejos baúles tenía. Al presentarse al Palacio, observó que el Primer Magistrado se hallaba rodeado de toda la familia, de varios jovencitos. Don Federico Sacasa dice que estaba allí. Don Antioco también, Don Juan Bautista igualmente. Parecía una familia del paraíso, por lo feliz. Vivía en la gloria.

El periodista Moncada llevaba en la mano un lío de periódicos, una colección del Centinela, para presentarse ante el Juez y decirle que nada malo había en ellos, que el Ministro leía en muy alta voz los reglones y por eso le sabían mal. Si leyera en voz baja o para sí, otra cosa sería, porque allá en la conciencia, en el propio fondo del psiquis, todas las cosas examinadas parecen pequeñas y perdonables.

Muchos agasajos del Presidente, Le preguntó a Moncada de los niños, de cuántos tenía, les envió saludes y abrazos con el papá, a ellos y a toda la familia.

El periodista salió satisfecho. Le habían contestado con la promesa de que no tocarían más a El Centinela, agregando que larga y gloriosa vida le deseaban.

Mas tarde, prosigue Moncada (anteriormente es en tercera persona, dice mi amigo Nicasio Urbina, Dean del Depto. de literatura española y portuguesa de Cleveland University, la narración es Moncada), recordando aquella pristina vida patriarcal, comprendí el cómo heredan los hombres los gustos presidenciales. Aquella vida de genuflexiones, de honores, de bandas marciales, el medio ambiente soberano de que un presidente se rodea, despierta en los jóvenes la ambición del poder, de dominio, de gloria terrenal, por derecho natural y hereditario.

Moncada regresó a Granada (de nuevo tercera persona), con nuevos alientos, amaneció la revolución contra el gobierno de Sacasa. Los granadinos tomaron el cuartel, y se preparaban para la lucha decisiva. El comandante, General Fco. Gutiérrez se había puesto de acuerdo con sus amigos, los conservadores orientales. Malos eran los de occidente. Así lo creía el redactor de El Centinela, y por esa causa fue al cuartel a ofrecer sus servicios. Le dieron un rifle, de raso. a las órdenes de un Señor Alfaro, alto y robusto, quien desde el primer momento se hizo coronel, como es de costumbre entre nosotros. En su calidad de redactor de El Centinela, Moncada hizo la centinela la primera noche, desde lo alto de una ventana, más el Coronel se sirvió darle un regaño y el raso dejó el rifle y se marchó a su casa. Por dicha esta vez, no le juzgaron en consejo de guerra.

Tornó a la pluma. El Centinela se hizo boletín de la revolución. Ardía la pequeña hoja, quemaba. Las palabras son incendio a las veces, pero a manera de fuego fatuo. Si no hay rescoldo, se las lleva el viento. La manía de escribir y criticar exponía a Moncada al peligro. Dijo en su periódico que Granada se hallaba mal defendida por el arte de la guerra, pero inexpugnable por el valor de sus soldados.

Terriblemente irritado el Jefe Supremo, Gral. Montiel, envió una escolta a casa de Moncada, quien estaba ausente, para recoger los boletines que allí hubiere y hacer con ellos el auto de fe de las armas de Don Quijote. Encontraron a Moncada en el parque central lo llevaron ante el Jefe Supremo, estrujando el pobre boletín con ambas manos, Montiel prorrumpió de manera exabrupta:

Por qué ha escrito esto? ¿No comprende que es una luz para el enemigo, una denuncia que puede aprovecharla y atacar Granada? Ud. se merece que se le fusile.

Yo no sé lo merezco, repuso Moncada, por el pecado de mezclarme en estos negocios políticos, pero he procedido de buena fe. Si el adversario simula ataque a Masaya y ordena que Leónidas Plaza marche sobre Granada, nuestra situación de hallaría sumamente comprometida. Granada está indefensa y yo quiero que sea salvada. Si no se dijo en secreto, ese es un mal de periodistas, incurable. He hablado de error en la defensa y lo que creo es que el error debe corregirse.

Se puso meditabundo el Jefe y el color de su rostro bajo de tono. No podía sonreír porque jamás conoció la sonrisa. Era de una sola pieza, la columna inmovible de los granadinos conservadores.

El Centinela no murió. Su redactor, otra vez supo escapar del consejo de guerra. El gobierno de Sacasa se dejó derrotar benévolamente y se firmaron los Pactos de Sábana Grande.